

## En busca de Klingsor

### LIBRO PRIMERO

[...]

### CRÍMENES DE GUERRA

Cuando el teniente Francis P. Bacon, antiguo agente de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, y consultor científico de las fuerzas de ocupación de Estados Unidos en Alemania, llegó a Núremberg a las ocho horas del 15 de octubre de 1946, nadie acudió a recibirlo. El encargado de llevarlo a la sala en la que se efectuarían las ejecuciones de los criminales de guerra nazis, Gunther Sadel, miembro del servicio de contrainteligencia adscrito al general brigadier Leroy H. Watson, responsable del enclave norteamericano, no apareció por ninguna parte; cuando Bacon se apeó del ferrocarril, la estación estaba casi vacía.

Después de unos minutos de espera, sin poder contener su irritación, el teniente preguntó a los policías militares que custodiaban el lugar qué sucedía. Nadie supo explicarlo. Un repentino silencio se abatía sobre ellos. Fuera de unos cuantos trabajadores — en su mayoría prisioneros de guerra o *Pows*, como se les llamaba entonces— que se esforzaban en dar mantenimiento a las vías, nadie parecía dispuesto a moverse, Bacon distinguió a un par de oficiales y, más allá, al jefe de estación, pero supuso que tampoco podrían ayudarlo. No le quedaba otro remedio que caminar hasta el Palacio de Justicia.

Estaba furioso. El viento otoñal chocaba contra su rostro. Las calles también permanecían desiertas, como si todavía pudiesen temer una alerta bélica. Ofendido, Bacon ni siquiera se molestaba en contemplar los restos de la ciudad —cuna de los maestros cantores y, hasta hacía poco, orgullosa sede del poder nazi— completamente destruída por once bombardeos aliados antes del final de la guerra: las piedras que se amontonaban donde antes hubo iglesias, palacios y estatuas le parecían simples estrobos en su marcha, desgracias merecidas cuya pérdida no valía la pena lamentar. En ningún momento se le ocurrió que, no muy lejos de ahí, había estado el museo más importante de Alemania o que, en una pequeña casa, ahora reducida a cenizas, había vivido el pintor y grabador Albrecht Dürer hasta su muerte en 1528.

Para él, Núrember no era más que otro de los odiosos santuarios nazis en los cuales miles de jóvenes, orgullosos con sus camisas pardas, sus estandartes rematados con águilas y sus enormes antorchas, habían vitoreado a Hitler al tiempo que adoraban las esvásticas que, semejantes a arañas prehistóricas encaramadas en sus huevecillos, se deslizaban por los listones rojos que colgaban de los edificios públicos de Alemania. Cada septiembre, Núremberg acogía los festivales del partido nazi —el Nationalsozialistische Deutsche Arbeitparlei— y en 1935 fue elegida por el Führer para la promulgación de las leyes antisemitas. Además, en ella se habían conservado, como un símbolo del poder ario, las *Reichskleinodien* y los *Reichsheiligtümer*, las antiguas reliquias imperiales que Hitler había robado del Hofburg de Viena después de la anexión de Austria, entre las que se contaba la célebre Lanza de Longinos. En la mente de Bacon, los millones de judíos muertos en Auschwitz, Dachau y otros campos de concentración, como había quedado demostrado durante las sesiones del Tribunal Militar Internacional, eran auténticas razones por las cuales llorar y avergonzarse y no por el justo castigo infligido a uno de los bastiones del Tercer Reich.

Bacon acababa de cumplir veintisiete años, pero desde que llegó a Europa, en febrero de 1943, se había esforzado por parecer más maduro, más fuerte, más recio. Quería cancelar, de un plumazo, las debilidades que lo habían atormentado hasta entonces y que, en cierta medida, lo habían arrojado fuera de América. Ya no pretendía ser el mismo hombre respetuoso, razonable, sincero de antes: había aceptado esta misión, abandonando su trabajo científico en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, como una forma de canalizar sus deseos de venganza y de probarse a sí mismo que ya era otro. Estaba decidido a demostrar que pertenecía al bando victorioso, sin permitirse una pizca de compasión hacia los derrotados.

A distancia, Bacon no se distinguía de los escasos soldados norteamericanos que patrullaban la zona. Tenía el cabello castaño oscuro, cortado al rape, los ojos claros y una nariz afilada de la que siempre se había sentido particularmente orgulloso. Portaba el uniforme con gallardía —que más bien era rigidez—, esforzándose en lucir sus insignias, indiferente al dolor ajeno. Al hombro llevaba una gruesa mochila militar que contenía prácticamente todas sus pertenencias: unas cuantas mudas de ropa, algunas fotografías que, por cierto, no había vuelto a mirar después de su salida de Nueva Jersey, y un par de viejos ejemplares de *Annalen der Physik*, una de las revistas más importantes en su campo, sustraídos de una de las bibliotecas por las que había pasado.

En realidad, Bacon no se había dirigido a Núremberg con la intención de asistir a las ejecuciones —sólo unas treinta personas tenían permitido presenciar el acto—, pero a la postre se había entusiasmado con la invitación que le formuló el general Watson, a quien había sido

recomendado por el general William J. Donovan, fundador de la OSS y, durante unas semanas, fiscal adjunto en los procesos de Núremberg. (Hacía poco, Donovan había tenido que renunciar a causa de un violento malentendido con Robert Jackson, fiscal en jefe de la delegación estadounidense y antiguo miembro de la Suprema Corte de Justicia, por haberse entrevistado con Göring sin su autorización.) La tarea de Bacon era muy distinta y, en algún sentido, más modesta: revisar las minutas recabadas durante los procesos con el fin de hallar algunas “discordancias” —éste fue el término empleado por sus superiores— en los testimonios relacionados con la investigación científica desarrollada durante el Reich.

Recientemente restaurado por el capitán Daniel Kiley, un joven arquitecto de Harvard que también había estado al servicio de la OSS, el Palacio de Justicia era una de las pocas construcciones civiles de Núremberg que se habían mantenido en pie. Una vez en el centro, a Bacon no le costó trabajo distinguirlo. Se trataba de un amplio conjunto de edificios, con arcos en la planta baja, enormes ventanales y techos puntiagudos, protegido en otro tiempo por una amplia plaza arbolada. En la parte posterior se encontraban la prisión, formada por cuatro bloques rectangulares dispuestos en forma de media estrella, protegidos del exterior por una alta barda semicircular. Los prisioneros nazis habían sido concentrados en la crujía C, a unos pasos de la cual se alzaba un pequeño cubo, anteriormente utilizado como gimnasio, donde se había construido una horca.

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando Bacon finalmente se presentó a los oficiales de guardia en la entrada de la prisión militar de Núremberg. Después de revisar su acreditación, los soldados le indicaron que tenían órdenes de no permitir el acceso al interior del edificio —y mucho menos al gimnasio— hasta que no se hubiesen consumado las ejecuciones. Por más que Bacon trató de explicarles que había sido invitado por el general Watson, sus interlocutores se mantuvieron inamovibles. Tampoco fue escuchada su petición de buscar a Gunther Sadel. “Son órdenes del genera Richard”, le dijeron.

Decenas de periodistas se arremolinaban en los alrededores. Por un sistema de insaculación, sólo se había permitido a un par de reporteros, además del fotógrafo oficial del tribunal, asistir al gimnasio. Los demás debían conformarse con esperar, igual que Bacon, a que fuese anunciada en el salón de prensa la muerte de los criminales. Para adelantarse a sus colegas, algunos diarios ya habían publicado ediciones anticipadas, como la del *Herald Tribune* de Nueva York que había titulado la noticia, a ocho columnas:

11 LÍDERES NAZIS COLGADOS EN LA PRISIÓN DE NÚREMBERG:  
GÖRING Y SUS COLEGAS PAGAN PRO SUS CRÍMENES DE GUERRA

Las ejecuciones estaban programadas para después del mediodía, así que a Bacon todavía le quedaban unas horas para buscar a alguien que pudiese ayudarlo a entrar. Antes que nada, decidió dirigirse al Gran Hotel, donde debía haber una habitación a su nombre. De nuevo, la mala suerte lo perseguía: el encargado le dijo que no había ninguna disponible. Bacon afirmó estar en una misión especial y pidió ser atendido por el oficial de mayor jerarquía al mando. Un capitán de modales pomposos, que parecía haber asumido a la perfección su nueva condición de gerente turístico, solucionó el problema. No se esperaba su llegada del teniente Bacon hasta la mañana siguiente, cuando habrían de desocuparse muchos de los cuartos —“hoy termina el espectáculo, ¿sabe?”—, pero sólo por una noche podría instalarse en la habitación número 14, “la que utilizaba Hitler”.

Bacon subió las escaleras y se instaló en la inmensa *suite*. Poco quedaba del esplendor nazi, pero aun así se trataba del sitio más acogedor en que había estado en los últimos meses. Le parecía una mala broma que las paredes que ahora lo rodeaban hubiesen albergado en algún momento el cuerpo del Führer. ¿Cuándo pudo imaginar algo semejante? ¿Qué pensaría Elizabeth si se enterase? Era inútil planteárselo: por bueno o mal afortuna, Elizabeth ya no quería saber nada de él. Bacon se echó sobre la cama con una mezcla de asco y morbo, como si estuviera profanando un lugar sagrado. Por la mente le pasó la idea de orinar sobre los muebles, pero el personal de limpieza del hotel no tenía por qué pagar sus caprichos. Se levantó y se dirigió a la *toilette*: miró la amplia bañera, el lavamanos, el WC y el bidé. Por todas aquellas superficies se había deslizado, sin duda, la resinosa piel de Hitler; ahí había estado desnudo e indefenso, admirando la flaccidez de su sexo antes de sumergirse en el agua, y por ese mismo hueco habrían resbalado sus excrementos...

Aturdido, Bacon se miró al espejo: unas profundas ojeras le marcaban el rostro; en realidad no sólo había madurado, sino que había envejecido. Se llevó las manos al cabello y, a fuerza de concentrarse, halló un par de canas que le demostraron su decadencia. Había dejado de ser un muchacho, un niño prodigio, todos esos epítetos que lo habían mantenido al margen del mundo. Comenzó a quitarse el uniforme. Recordó que hasta hacía poco era completamente distinto: encerrado entre los pulcros muros del Instituto, en Princeton, a punto de casarse con una mujer a la que no amaba; resguardado del mundo como un insecto clavado con un alfiler en un estante de museo... Por más escandalosa que hubiese sido su huída de aquel lugar, había sido un milagro, una revelación. Por primera vez sentía que la vida era una presencia palpable en su piel, lejos de los

escritorios y las pizarras, del tedio de congresos y coloquios. Nunca pensó que le gustaría tanto ser soldado y luchar por su país, pero ahora sabía que había tomado la decisión correcta. Ya tendría tiempo, más adelante, de regresar a la ciencia: entonces lo haría como héroe y no como un prófugo.

Abrió el grifo del agua y esperó a que saliera el chorro caliente. Para su decepción, no fue más que un tímido hilo de agua, apenas tibio. “Al Führer no le hubiese gustado esto”, rió para sí, y procedió a limpiarse con la ayuda de una toalla y una nueva y olorosa pastilla de jabón. Al terminar, volvió a acostarse y, sin darse cuenta, se quedó profundamente dormido. Tuvo un sueño incómodo que terminó por asfixiarlo. Estaba en medio de un bosque ennegrecido y lluvioso cuando se le aparecía Vivien, la joven negra con la que había mantenido una larga y secreta relación en Princeton. La tierra no sólo estaba cubierta de charcos, sino que se había convertido en una especie de pantano mohoso y turbio. Trató de besar a Vivien pero de pronto se dio cuenta de que quien estaba frente a él era Elizabeth, su antigua prometida. “Tienes carmín en los labios”, le decía, y procedía a restregárselos con un pañuelo. “No debes hacer esto”, lo reprendía, “está mal, muy mal”. Bacon trataba de alejarse pero era demasiado tarde: Vivien había desaparecido. Cuando despertó, eran cerca de las tres de la tarde. No lo podía creer había cometido el peor de los errores: descuidando por completo su misión, se había quedado retozando entre las sábanas del Führer. Se vistió con premura, bajó las escaleras y corrió a toda prisa a la sala de prensa instalada en el Palacio de Justicia.

Unas horas más tarde se enteró al fin, como el resto del mundo, de la noticia que, desde las derruidas callejas del antiguo burgo medieval, comenzó a propagarse por el mundo como una epidemia: el *Reichsmarschall* Hermann Göring, el prisionero nazi de más alta jerarquía en ser juzgado por el Tribunal Militar Internacional, había sido hallado muerto en su celda unas horas antes de que el sargento John Woods se encargase de ejecutar la sentencia de ahorcamiento a la que había sido condenado. Los rumores afirmaban que Göring había ingerido una cápsula de cianuro, burlándose, con este último acto, de la determinación de sus jueces. “Algún día tendré estatuas en cada plaza y pequeñas estatuillas en cada hogar de Alemania”, había vaticinado el *Reichsmarschall* con altanería. Según él, la historia habría de reivindicarlo. En su celda, la número 5 de la crujía C, se encontró un hato de cartas escritas con letra pequeña y firme. En la primera de ellas explicaba sus motivos:

Al Consejo de Control Aliado:

No tendría objeción en que me fusilasen. ¡Sin embargo, no facilitaré la ejecución del *Reichsmarschall* de Alemania en la horca! Por el honor de Alemania, no puedo permitirlo. Y aún más, no siento ninguna obligación moral de someterme al castigo de mis enemigos. Por esta razón, he elegido morir como el gran Aníbal.

En otra hoja, dirigida al general Roy V. Richard, miembro de la Comisión Cuatripartita encargada de supervisar las ejecuciones, Göring confesó que siempre había tenido consigo una cápsula de cianuro. También le escribió a su esposa: “Después de considerarlo seriamente, y de haber elevado mis plegarias al Señor, decidí tomar mi propia vida para no sufrir una ejecución tan terrible a manos de mis enemigos. Los últimos latidos de mi corazón son para nuestro gran y eterno amor.” Por último, le dirigió una pequeña nota a Henry Gerecke, el pastor protestante que atendía a los reclusos alemanes, implorando su perdón y explicándole que, si actuaba así, era por razones políticas.

Al día siguiente, Gunther Sadel le comunicó a Bacon cuanto sabía al respecto. A las 21:35 horas del día anterior, 14 de octubre, la guardia había informado que el prisionero descansaba plácidamente en su camastro luego de que el doctor Ludwing Pfluecker le entregara una píldora para dormir. Como todas las noches, un soldado se apostó a la puerta de su celda dispuesto a no perderlo de vista hasta el amanecer: se trataba de su *última* noche de vigilia. Por su parte, el coronel Burton Andrus, responsable de la prisión, había cortado todas las comunicaciones entre los internos y el mundo exterior. Los guardias sólo tenían autorizado llamar por teléfono a las oficinas centrales para enterarse, al término de cada *inning*, de los resultados de la Serie Mundial de béisbol que se disputaba entonces.

De pronto, alguien comenzó a implorar la ayuda del capellán Gerecke. Era la voz del sargento Gregori Timishin: algo le ocurría a Göring. El capellán corrió hacia la celda sólo para encontrar el cuero del otrora rollizo *Reichsmarschall* en un estado que hacía vano cualquier intento por salvarle la vida. La mirada con la cual había seducido a miles de hombres y mujeres, la misma con la que había obtenido respeto y la ira de sus captores, se perdía en el infinito: sólo uno de sus ojos se mantenía obstinadamente abierto. Su tez rosada se había vuelto verdosa y su cuerpo, que había adelgazado cerca de veinticinco kilos desde su captura, parecía un fardo inamovible. Gerecke le tomó el pulso y se limitó a exclamar: “Santo Dios, este hombre se muere.” Cuando llegaron los demás miembros del Estado Mayor, ya era demasiado tarde: por cobardía o por orgullo, Göring los había vencido. La habitación olía a almendras amargas.

Bacon no podía creerlo. El miserable se había escapado en el último instante. Como él, muchos miembros de las fuerzas aliadas se sentían decepcionados. Incluso algunos diarios se atrevieron a colocar en sus titulares:

Göring vence a sus verdugos

—¿Dónde diablos obtuvo esa píldora? —le dijo Bacon a Sadel.

—Eso se pregunta todo el mundo—respondió el joven—. Se ha realizado una profunda investigación y, hasta el momento, se ha decidido no culpar a nadie. Andrus está destrozado —añadió refiriéndose al director de la prisión—. Muchos piensan que es su culpa, tú sabes, no es el primer prisionero que se suicida... Yo creo que nadie pudo evitarlo.

— Pero ¡Göring! ¡Y el día antes de su ejecución! Es increíble... —Bacon movía la cabeza de un lado a otro, lamentándose—. ¿No habría sido el médico alemán?

— ¿Pfluecker? No lo creo —explicó Sadel—. Hubiese sido demasiado difícil. Los guardias lo revisaban con cuidado antes de entrar en cada celda y la pastilla que le dio a Göring era sólo un tranquilizante... No, el *Reichsmarschall* debe haberla conservado entre sus cosas, en el almacén, y *alguien* se encargó de llevársela...

— ¿Pero quién querría ayudar a ese cerdo? —Bacon hacía crujir sus dedos.

— No es tan simple como parece. Yo no lo traté, pero muchos afirman que, en el fondo, el viejo Hermann era todo un personaje. A lo largo del proceso no sólo los alemanes, sino también muchos norteamericanos acabaron simpatizando con él. Era demasiado cínico y mordaz como para odiarlo.

A Bacon le pareció una explicación extraña, sobre todo viniendo de un joven como aquél. Sadel era medio judío y, a los trece años, había tenido que escapar de Alemania hacia Estados Unidos en busca de su padre. Desde entonces, no había vuelto a saber de su madre, quien había sido forzada a divorciarse y a permanecer en Berlín: no sabía si estaba viva o muerta. Cuando regresó a Alemania, acompañando al general Watson, éste le permitió buscarla. Ahora, la mujer era uno de los testigos de cargo de la fiscalía.

— De quien más se sospecha es de *Tex Wheelis* —continuó Sadel—, el oficial encargado del cuarto de equipaje. Dicen que se hizo amigo de Göring, y bien pudo haberlo ayudado. Pero no habrá modo de averiguarlo. Los jefes quieren terminar de una voz con todo el asunto. Su opinión es que ha sido un accidente, y hay que tomarlo como tal.

— ¿Un accidente, dices? —Bacon se sulfuraba más a cada instante—. Cientos de personas trabajaron durante meses para ahorcarlo y en el último instante logra escapar... ¿También fue un accidente el suicidio de Hitler en Berlín? ¿Y la “solución final”? ¿No llegas a sentir que todo esto ha sido inútil? ¿Qué luchamos contra una maldad que nos rebasa...?

— Los juicios han servido para mostrar la *verdad*, teniente. Para enseñarle al mundo la verdad sobre el Tercer Reich y para que nunca nadie pueda compadecerse de sus atrocidades. ¿Quién podrá negar el horror nazi, las cámaras de gas y los millones de muertos después de haber visto esas fotografías?

— Y con esto que ha pasado, ¿crees que algún día llegaremos a saber realmente la verdad? Sólo tenemos la verdad que somos capaces de creer.

A la mañana siguiente, el teniente Bacon pudo observar, a lo lejos, cómo los cuerpos exangües de los once jefes nazis eran transportados en camiones militares, seguidos por una escolta de coches y hombres armados, rumbo al cementerio de Ostfriedrichhof, en Múnich, donde serían cremados. Cada uno de los cuerpos reposaba en un saco etiquetado con un nombre falso. A los alemanes que controlaban el horno se les dijo que se trataba de soldados norteamericanos muertos durante la guerra: debía evitarse que luego apareciesen reliquias de aquellos hombres. Por ello, nadie debería asociar esas cenizas con los líderes nazis condenados por el Tribunal Militar Internacional en Núremberg: Jochim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores; Hans Frank, gobernador de Iso Territorios Ocupados de Polonia; Wilhelm Frick, protector de Bohemia y Moravia; Alfred Joel, jefe de Operaciones de la Wehrmacht; Ernst Kalterbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad, y segundo de Himmler; Wilhelm Keitel, jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht; Alfred Rosenberg, filósofo oficial del régimen y ministro de los Territorios Ocupados del Este; Fritz Sauckel, director del Programa de Trabajo de Prisioneros; Arthur Seyss-Inquart, comisionado para Holanda; Julios Streicher, director del diario *Der Stürmer*, y, desde luego, Hermann Göring, *Reichsmarschall*, jefe de la Luftwaffe (Fuerza Aérea) y segundo hombre en la jerarquía nazi después de Hitler.

De pronto, la tensión en la ciudad parecía haberse relajado. A pesar de que nadie había quedado satisfecho con los resultados —los soviéticos, que desde un principio habían mostrado su desagrado hacia la forma del proceso, incluso acusaban a norteamericanos e ingleses de permitir el suicidio de Göring—, el trabajo había concluido. Todavía quedaban muchos juicios de menor importancia, si bien los reflectores del mundo ya no se mantendrían permanentemente dirigidos hacia la sala central del Palacio de Justicia. Pero, como he dicho antes, el teniente Francis P. Bacon no

había llegado a Núremberg para asistir a las ejecuciones, sino en una misión completamente distinta, mucho más próxima a sus capacidades como hombre de ciencia.

Hacia la mitad de la guerra, Bacon, que entonces trabajaba en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, decidió alistarse en el ejército. En 1943, fue enviado a Inglaterra para entrar en contacto con los científicos británicos y en 1945 se integró a la comisión *A/sos*, encabezada por otro físico, el holandés Samuel I. Goudsmit, responsable no sólo de recopilar toda la información disponible sobre el programa científico alemán —y especialmente sobre lo relacionado con la investigación atómica—, sino de atrapar a los físicos que lo llevaban a cabo.

Una vez terminada esta misión, Bacon pudo haber regresado a Estados Unidos, pero prefirió continuar colaborando con el Consejo de Control Aliado, encargado del gobierno de la Alemania ocupada, como consultor en distintas materias relacionadas con la ciencia. Por fin, a principios de octubre de 1946, sólo unos días después de que el Tribunal Militar Internacional de Núremberg dictara sentencia a los acusados nazis, Bacon fue llamado por la oficina de inteligencia militar para revisar parte de los legajos surgidos en los juicios y presentar un informe sobre lo más relevante. La pequeña pista que había suscitado las sospechas de los militares era la siguiente:

El 30 de julio de 1946 se inició, en la sala principal del Palacio de Justicia de Núremberg, el juicio contra siete organizaciones alemanas: la directiva del Partido, el gabinete del Reich, la guardia de seguridad (SS), y la policía secreta (Gestapo), el Servicio de Seguridad (SD), las tropas de asalto (SA) y el Alto Mando Militar del Reich. Durante las semanas previas, el Tribunal ordenó que en toda Alemania se anunciase ese proceso, de modo que cualquier persona que se sintiera afectada pudiese ofrecer su testimonio. Más de trescientas mil respuestas llegaron al Palacio de Justicia; a partir de ellas, 603 miembros de las organizaciones antes citadas fueron conducidos a Núremberg para servir como testigos. Finalmente, la corte aceptó las declaraciones de noventa individuos, en su mayoría pertenecientes a las SS, quienes negaron haber cometido actos deshonestos durante el ejercicio de sus funciones.

Uno de estos testimonios fue el que llamó la atención de los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Durante el proceso, compareció un hombrecillo llamado Wolfram von Sievers, presidente de la Sociedad para la Herencia Antigua de Alemania y, como más tarde se supo, cabeza de una de las oficinas de la *Ahnenerbe*, es decir, del departamento de investigación científica secreta de las SS. Von Sievers era un sujeto extremadamente nervioso y, durante las horas en que se sentó en el banquillo de los testigos, no dejó de frotarse las manos y las mejillas, literalmente cubiertas de sudor. Se atropellaba al hablar, repetía varias veces las mismas palabras y, tartamudeando, dificultaba el

trabajo de la red de traductores simultáneos que, por primera vez en la historia, funcionaba en las audiencias de Núremberg.

Interrogado por uno de los fiscales, Von Sievers hizo la primera de sus controvertidas declaraciones: según un acuerdo con Himmler, las SS se encargarían de enviarle cráneos de “judíos-bolcheviques” a fin de que su laboratorio pudiese realizar investigaciones con ellos. A la pregunta expresa de si sabía cómo obtenían las SS los cráneos, Von Sievers respondió que pertenecían a prisioneros de guerra del frente oriental que eran expresamente asesinados para ello. “¿Y cuál era el objetivo de sus *investigaciones*?”, insistió el fiscal. El lenguaje de Von Sievers se tornó nuevamente incomprensible. Trastabillaba. Al fin, presionado por los jueces, se lanzó a una larga e inconexa perorata sobre frenología y el desarrollo físico de las razas antiguas. Divagó sobre los toltecas y la Atlántida, la superioridad aria y lugares mágicos como Agartha y Shambalah. En términos concretos, dijo que su trabajo era determinar la inferioridad biológica de los semitas, conocer la naturaleza de su desarrollo fisiológico a lo largo del tiempo, y hallar el mejor modo de eliminar sus defectos.

Cuando acabó de hablar, Von Sievers parecía una de las calaveras que decía haber estudiado. La parte blanca de sus ojos era una gelatina a punto de reventar y sus manos temblaban sin control. El fiscal comenzó a desesperarse. Su intención no era, por lo pronto, ahondar en las execrables tareas del profesor Von Sievers —quien luego sería juzgado y condenado por sus crímenes contra la humanidad—, sino probar las atrocidades que cometían las SS, y en general el gobierno nazi, al llevar a cabo sus estudios.

— ¿De dónde obtenía recursos para este trabajo, profesor Von Sievers?

— De las SS, ya lo he dicho —balbució éste.

— ¿Era normal que las SS le encargasen estudios como éste?

— Sí.

— ¿Y usted dice que las SS lo financiaban?

— Directamente, sí.

— ¿Qué quiere decir con “directamente”, profesor? —el fiscal creyó entrever un hilo que podría conducirlo a otra parte

Von Sievers trató de aclararse la garganta.

— Bueno, toda la ciencia que se desarrollaba en Alemania pasaba antes por la supervisión y el control del Consejo de Investigación del Reich.

El fiscal había dado en el blanco. Eso quería escuchar. El Consejo de investigación del Reich era presidido, como muchas otras dependencias, por el *Reichsmarschall*K, Hermann Göring.

— Gracias, profesor —dijo el fiscal—. He concluido.

Inusitadamente, Von Sievers añadió una frase más que, por indicación de los jueces, fue borrada de la minuta, atendiendo a la protesta de los abogados defensores. No obstante, en la transcripción que la oficina de inteligencia militar le había proporcionado a Bacon, la frase no había sido cancelada y el teniente la leyó con mayor atención, pues estaba subrayada con tinta roja:

—Para que el dinero fuera entregado, cada proyecto contaba con el visto bueno del asesor científico del Führer. Nunca llegué a saber de quién se trataba, pero se murmuraba que era una personalidad reconocida. Un hombre que gozaba del favor de la comunidad científica oculto bajo el nombre clave de Klingsor.

Días más tarde, el 20 de agosto, el salón de sesiones estaba lleno a tope: una indicación inequívoca de que el Gran Actor de los procesos, el *Reichsmarschall*K, Hermann Göring, haría su aparición en el escenario. Vestido con una chaqueta blanca —eran famosos los uniformes de este color que utilizaba en sus mejores épocas—, rubicundo y airado, Göring era el alma de los juicios. Fresco y llano, cargado con una impertinencia que sólo se consigue al cabo de años de dar órdenes y no recibir una sola protesta, se enfrentaba a sus interlocutores como si estuviese dictando sus memorias. En sus mejores momentos, desplegaba su humor ácido y penetrante; en los peores, parecía una bestia enjaulada, dispuesta a morder hasta a su propio abogado. Otto Stahmer, su defensor, se encargó de montar esta pequeña pieza:

—¿Alguna vez giró una orden para realizar experimentos médicos en humanos? —le preguntó. Göring respiró hondo.

—No.

—¿Conoce usted al doctor Rascher, que ha sido acusado de realizar investigaciones científicas en cobayas humanas en Dachau para la Luftwaffe?

—No.

—¿Alguna vez ordenó que se llevaran a cabo escalofriantes experimentos con prisioneros?

—No.

—¿Cómo presidente del Consejo de Investigación del Reich ordenó que se desarrollasen estudios para una guerra destructiva?

—No.

Sir David Maxwell-Fyfe, el fiscal británico, se levantó de su asiento.

—Usted fue un gran piloto —le dijo a Göring cortésmente—, con un impresionante historial de servicios. ¿Cómo es posible que no recuerde esos experimentos dirigidos a verificar la resistencia de los uniformes usados por las fuerzas aéreas?

—Yo tenía muchas tareas que atender —explicó Göring, con la misma caballerosidad—. Decenas de miles de órdenes fueron dadas en mi nombre. Aunque el fiscal Jackson me ha acusado de “tener mis dedos en todos los pasteles”, era imposible que yo tuviera conocimiento de todos los experimentos científicos que se llevaban a cabo en el Reich.

Maxwell-Fyfe presentó como prueba una serie de cartas entre Heinrich Himmler y el mariscal de campo Erhard Milch, asistente de Göring. En una de ellas, Milch le agradecía a Himmler la colaboración prestada para llevar a cabo los experimentos del doctor Rascher sobre el vuelo a grandes altitudes. Una de las pruebas incluía que un prisionero judío fuese llevado a 29.000 pies de altitud sin oxígeno. El sujeto expiró después de trece minutos.

—¿Es posible? —continuó Maxwell-Fyfe— que un oficial de alto rango, directamente bajo sus órdenes, como Milch, conociese los experimentos y usted no?

—Los asuntos bajo mi control eran clasificados en tres categorías —explicó Göring, casi sonriendo—: “urgentes”, “importantes” y “de rutina”. Los experimentos llevados a cabo por el Inspectorado Médico de la Luftwaffe estaban en la tercera categoría y no requerían mi atención.

Nunca nadie volvió a referirse al científico que aprobaba los proyectos científicos del Reich. Nadie volvió a hablar de Klingsor. Göring jamás lo mencionó y el propio Von Sievers, al ser interrogado nuevamente, negó haber pronunciado su nombre. Esta errática mención era lo único que Bacon tenía para trabajar.

El teniente cerró el expediente de un golpe.

Jorge Volpi, *En busca de Klingsor*, Ed. Seix Barral: Barcelona, 1999.